

Seminario Concordia
 C. Correo 5
 1655 J. L. Suárez
 Bs. As. - Arg.

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
Conferencia sobre la Doctrina de Perdón de los Pecados	1
La Teología — Una ciencia particular	15
Homilética	22
Sabía Vd. ?	32
Bosquejos para Sermones	33

Publicado
 por
 La Junta
 Misionera
 de la
 Iglesia
 Evangélica
 Luterana
 Argentina

LA TEOLOGIA — UNA CIENCIA PARTICULAR

Alocución de apertura en el

Seminario Concordia, 14 de marzo de 1962

Otra vez comenzamos en el Seminario Concordia un nuevo año lectivo. Las vacaciones han terminado, los estudiantes han regresado para dedicarse con un nuevo impulso al estudio, y además ingresó una clase nueva a la que damos la bienvenida deseándoles que no tengan muchas dificultades en su vida en esta casa de estudios, que pronto la consideren como su hogar, que encuentren buenos compañeros. Igualmente deseo que para todos los que forman la familia del Seminario, al que Dios según sus inescrutables designios quitó al fin del año pasado un miembro querido y valioso, gocen en este año de muchos frutos espirituales de modo que el Seminario pueda trabajar sin obstáculos y cumplir con sus altos fines para que fue establecido.

Para el éxito que anhelamos para este año y que depende de la bendición de Dios es de suma importancia saber cuál será el espíritu que rige nuestra actitud, la posición nuestra con que nosotros, profesores y estudiantes, nos enfrentamos con los problemas de los próximos meses.

Queremos estudiar teología o prepararnos para hacernos teólogos. Reconocemos que la teología es una ciencia, pero en muchos sentidos una ciencia diferente de otras, es una ciencia práctica, donde no se estudia por el estudio sino para servir a la iglesia cristiana. Se trata de una ciencia cristiana. Para aclarar qué es la verdadera ciencia de la cristiandad, nos fijamos en la palabra de San Pablo, escrita en el capítulo 3 de su epístola a los Efesios, vers. 18 y 19: "Para que seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos, cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento".

Este texto nos demuestra que la ciencia cristiana es, 1) una mano extendida, 2) un oído que escucha y, 3) un ojo que ve.

Nos imaginamos a un niño que extiende su mano para agarrar una manzana o un durazno de un árbol, pero la rama del árbol escapa de la mano débil del niño, o el brazo es demasiado corto y el fruto queda inalcanzable. San Pablo compara la obra de la iglesia con la manera de extender la mano para tomar

algo muy atractivo y dulce, sabiendo sin embargo que este acto de extender la mano es algo difícil, que exige mucha fuerza y muchos esfuerzos. Pero cuanto más difícil, tanto más importante le es. San Pablo se arrodilla en su cárcel, tal vez una cárcel fría y oscura. Se oyen los ruidos de las cadenas en sus manos y sus pies, cuando él dobla sus rodillas. Pero esta música fea está cubierta por la melodía de su alma y desde la soledad y oscuridad de su prisión su corazón se eleva a aquel de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra. Se acuerda de sus amigos lejanos. Sus ruegos no dan expresión a deseos exteriores y terrenales, antes bien, suplica que sus amigos sean fortalecidos con poder en el hombre interior por el Espíritu de Dios, y que habite Cristo por la fe en los corazones de ellos; tal es la oración en que se concentra su alma. De grado en grado se eleva su oración. Finalmente parece que le faltan palabras para describir lo más alto y más sublime cuando se refiere a las riquezas de la verdad y de la gracia de Dios rogando que ellos, sus amigos, sean hechos capaces, que consigan la fuerza de captar. Y si preguntamos qué será la cosa que debieran captar, agarrar, aparentemente puede sólo insinuar balbuceando lo que conmueve su corazón, porque dice "que seáis capaces de comprender cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura".

San Pablo fue sin dudas uno de los pensadores más profundos y no sabemos de otro hombre que haya dado tanto impulso al trabajo científico de la humanidad como él. Pero al oír estas palabras nos damos cuenta de que todo pensar verdadero siempre es humilde. Siempre que Pablo habla de Dios, lo hace con una comprensión plena de la gran distancia entre el Señor del cielo y de la tierra y nosotros que no somos más que un pedacito de polvo en su mano. Un santo respeto es lo primero que corresponde al hombre cuando se acerca al Padre de los espíritus. Dios rechaza radicalmente todo orgullo que quiere ser maestro de Dios y por eso es un veneno mortal la vanidad humana en sus ideas sobre Dios, toda presunción en la teología. Si pensamos solamente en nosotros al hablar de Dios, lo tratamos como si estuviera en el mismo nivel que nosotros, y como si él tendría que servir a nosotros. De tales alturas vanidosas nos echa abajo sin miramientos la oración de San

Pablo. Sólo desde lo profundo podemos extender la mano a aquel que está arriba, y solamente si nos consideramos muy pequeños e insignificantes, podemos recibir la fuerza para extender la mano hacia la verdad de Dios y captarla. No es el resultado natural de nuestras ideas inteligentes, sino que es un milagro si nuestra mano que se extiende hacia arriba, realmente puede captar algo. Por eso todo pensamiento fructífero es imposible sin la oración seria. Pero ¡cuántas veces ocurre que con las cosas grandes o pequeñas de la vida diaria, por enfermedades o por otras causas y problemas de la vida diaria, nos dirigimos a Dios, pero con los problemas de la teología, de las verdades sobre Dios y el camino a Dios, nos imaginamos que podremos entendernos con la capacidad de nuestra propia inteligencia, como si en este campo ya no necesitásemos la ayuda de Dios! Ojalá que nosotros, en este seminario nunca olvidemos extender nuestra mano vacía desde lo profundo de nuestras dudas, de nuestra incapacidad, de nuestra incertidumbre, de todos nuestros problemas hacia Dios invocándole que nos ayude, que nos dé ideas correctas para que podamos comprender mejor que antes.

Realmente se trata de las cosas más importantes. San Pablo no las especifica, no nos da detalles, sino que procede como alguien que quiere demostrarnos un palacio maravilloso y que se coloca a cierta distancia para señalar con movimientos de su mano las enormes medidas del edificio: Ved, cuán ancho, cuán largo, cuán profundo, cuán alto es! Cuanto más el apóstol ha contemplado el propósito de la gracia de Dios y los grandes hechos de su amor, tanto más inmensos le parecen ser los poderes y efectos que aquí se hacen evidentes. Ved, dice, cuán enorme es la diferencia. Todo lo terrenal es terriblemente estrecho, tanto que el hombre no puede vivir en ello para siempre. Pero lo que proviene de Dios, es ancho. Todo lo terrenal es corto, y se llega al fin muy pronto después de haber emprendido el camino. Pero lo que proviene de Dios es largo y desemboca en la eternidad. Todo lo humano es superficial, pero donde actúa Dios, se va a lo profundo. Lo que es humano es bajo, pero donde Dios se revela, todo es alto. Si queremos resolver los problemas de la vida y encontrar el camino a la verdad y la paz, debemos mirar hacia arriba y llenar nuestra alma con la anchura y profundidad de Dios. Aquel que quiere formarse

ideas claras y correctas debe unir a la oración humilde la firme confianza que valientemente se extiende hacia las más grandes cosas de Dios, y sólo entonces la ciencia es sana si dice: Yo quiero comprender la anchura, la longitud, la profundidad y la altura de la verdad y gracia de mi Señor.

Para esto necesitamos no sólo la mano que se extiende, sino también el oído que escucha. Los hombres sordos son entre los seres desdichados aquellos a quienes con toda razón más complace. El mundo les queda en gran parte cerrado. Como no pueden captar los sonidos de alegría y dolor, sonidos tiernos o ásperos, fácilmente se hacen hombres solitarios y aislados. San Pablo conoce los peligros que resultan del pensamiento solitario, especialmente peligros para aquellos que meditan sobre cosas divinas pero se mantienen aislados de los demás. No negamos que es un gran beneficio si por cierto tiempo gozamos de la tranquilidad y soledad para estar solos con Dios y también nuestros estudiantes necesitan tal tranquilidad para poder concentrarse y para no distraerse. El mundo y con él igualmente los jóvenes no precisan tanto distraerse y divertirse sino más bien concentrarse. Por otra parte, el aislamiento religioso siempre ha dado motivo a aberraciones raras y hasta ridículas. El cristianismo debe vivir en la comunidad. Por eso San Pablo ruega que los cristianos sean capaces de comprender "*con todos los santos*".

Al oír esta oración apostólica de que seamos capaces de comprender *con todos los santos* nos figuramos este inmenso coro de todos aquellos que al correr de los siglos han oído el mensaje divino y lo han transmitido a sus contemporáneos. Ya han entrado en la gloria, pero por sus obras, sus escritos, sus composiciones todavía nos hablan. Su lenguaje puede parecernos un poco extraño, porque la distancia de tantos siglos que nos separa, no se supera tan fácilmente. Pero si realmente nos empeñamos y nos interesamos por lo que los santos de Dios tienen que decirnos, entonces nos hablan de modo tal que podemos comprenderlos. Los apóstoles mismos son los primeros de estos santos. Es variado y sin embargo unísono el concierto de este coro, y oyéndolos más detenidamente comprendemos algo de las riquezas que han recibido de Dios y al mismo tiempo nos damos cuenta de que con toda la ciencia del siglo XX somos unos

pobres ignorantes frente a Mateo o Juan o Pablo. Después oímos las voces de otros santos que no están en un mismo nivel con los ya mencionados, porque ya no son inspirados, pero que también pertenecen al grupo de "todos los santos" junto con los cuales queremos comprender, a saber las voces de Clemente, Ignacio, Policarpo, Tertuliano, Jerónimo, que dan testimonio de los tiempos del martirio para la Iglesia. Entre los grandes maestros están San Agustín. Pronto vienen otros que mezclan la verdad con ideas extrañas que no concuerdan con las voces puras del evangelio. Sólo lo genuino y auténtico puede perdurar. Desde la Edad Media nos alcanzan himnos como "Oh ven, Espíritu Creador", nos conmueve la piedad de un Tomás a Kempis y su obra de la Imitación de Cristo. Y ya estamos en el tiempo de la Reforma, y a través de la cristiandad se propaga el puro mensaje evangélico de Martín Lutero como el sonido de una trompeta: "Cantad, cristianos, por doquier con dulce melodía." Paul Gerhardt compone sus himnos y con el mismo espíritu nos habla la música de Juan Sebastián Bach. Con las voces de tales hombres del tiempo pasado se mezclan las palabras de aquellos que personalmente nos trajeron el evangelio en las horas de instrucción o en los cultos, y así fuimos capaces de comprender con muchos santos, y nuestra vida se enriqueció.

Aunque parecemos ser un grupo pequeño, sin embargo no estamos aislados y no podemos aislarnos, porque estamos unidos con todos los santos de los tiempos pasados y de los presentes. Seríamos irresponsables y engreídos si quisiéramos comportarnos como si la Iglesia comenzase con nosotros y como si no tuviésemos padres espirituales, y seríamos desagradecidos si nos negásemos a comprender "con todos los santos". Queremos oír a aquellos que antes de nosotros recibieron el don de Cristo.

Lo tercero que el apóstol desea para los cristianos, y que es indispensable para toda teología, es un ojo que ve.

Si pudiéramos preguntar al apóstol Pablo qué fue el resultado de su meditación sobre los misterios de Dios, de su atención que dirigió a las voces de todos los santos y de su trabajo rendido en toda su vida, entonces seguramente no nos hablaría de grandes e importantes sistemas doctrinales, no de sus cartas

conceptuosas que escribió, no de sus exitosos viajes de evangelización, sino que haría constar como resultado de toda su vida cristiana y de toda su teología práctica este solo hecho: He conocido siempre mejor el amor de Cristo. Por eso expresa lo mejor que pueda desear para su congregación y lo que igualmente nosotros debemos considerar como lo mejor y lo indispensable para nuestra actividad, al decir: "que seáis capaces de conocer el amor de Cristo que excede a todo conocimiento." Un verdadero teólogo será sólo aquel que tenga ojos para ver el amor de Cristo, y este amor es de tal categoría que excede a todo conocimiento. La teología no es contraria a la ciencia verdadera, tampoco puede despreciar la ciencia, ya que ella misma es una ciencia, aunque una ciencia particular. Mientras que la ciencia que podemos llamar la ciencia pura considera como algo secundario la posibilidad de aplicar en la práctica los nuevos conocimientos y no le afecta el problema de si los resultados de sus investigaciones podrán ser aprovechados o no, la teología debe preocuparse e interesarse en que sus conclusiones y sus resultados sirvan a la Iglesia y finalmente sirvan a la gloria de Dios. Por ende la teología no es contraria a toda otra ciencia sino sobrepuesta a ella. Su propósito es conocer el amor de Cristo. Este amor de Cristo es tan grande, tan profundo que la ciencia y toda su capacidad no pueden llegar a su fondo, así como un océano nunca puede ser agotado. Este amor es algo irracional, pues la razón no comprende cómo los hombres que con sus acciones se han hecho abominables a Dios, sin embargo son amados por Cristo de tal manera que Él entregó su vida por ellos sufriendo los más terribles dolores en la cruz. Este amor de Cristo, el verdadero objeto de todo nuestro trabajo teológico, el amor de nuestro único mediador que nos ha amado hasta la muerte, la muerte de cruz, escapa a toda razón, excede a todo conocimiento. Solamente con adoración humilde podemos acercarnos a él.

Digna de ser mencionada es también la traducción de nuestro texto hecha por Lutero y lo que ella nos sugiere. Es sabido que Lutero toma el genitivo *tou Christou* como genitivo objetivo, como amor a Cristo, y que por eso habla de "*Christum liebhaben*". No solamente el contemplar y conocer el amor con que Cristo ama a los hombres es indispensable para un estu-

diante de teología, sino que se requiere también de él que ame personalmente a Cristo. Esto es lo que Uds., estimados estudiantes, precisan en su tiempo de estudio y en toda su actividad posterior, más que todos los conocimientos intelectuales, el amor a Cristo. No en vano Cristo preguntó tres veces a Pedro después que éste había negado a su maestro y con esto anulado su vocación como apóstol: "Simón Pedro, ¿me amas?" Así es en verdad. Con razón el Dr. Pieper decía a sus estudiantes: "Sin este amor en el corazón no tendréis éxito en vuestro estudio teológico." Existe en nosotros el hombre viejo como una potencialidad que amenaza robarnos el entusiasmo de servir a Cristo y contagiarnos con la indiferencia y desanimarnos. El mundo nos atrae como antes a Demas, de quien San Pablo tuvo que decir: "Demas me ha desamparado, amando este mundo". El enemigo maligno lanza contra nosotros sus dardos envenenados con el propósito de que nos retiremos de las filas que luchan por la causa de Cristo. Pero con el amor de Cristo con que Él nos amó primero, que por la fe entra en nuestro corazón despertando allí el sentimiento con que respondemos a su amor llegaremos a ser siempre más capaces de servir a nuestro Salvador.

Pongamos por eso el amor de Cristo en el centro de nuestra teología, mirando a los ojos de aquel que entregó su vida en la cruz, para que la entrega de esta vida, su sacrificio sea siempre algo estupendo para nosotros, que el amor de Cristo nos constriña. Trabajemos y estudiemos con todo empeño durante los meses venideros para aumentar el caudal de nuestros conocimientos necesarios para el ministerio, pero siempre así que el amor de Cristo exceda a todo conocimiento. Entonces la teología no podrá llegar a ser para nosotros una ciencia abstracta, una teoría, sino que se podrá aplicar también al Seminario Concordia y toda su actividad la definición que hace años dio el Dr. Pieper y que reza así: "La Iglesia cristiana no es una escuela de filosofía sino una comunidad de hombres que en la fe del evangelio y en la crucifixión de la carne están llamados a andar por el camino a la vida eterna, y a llevar a muchos por el mismo camino".

Quiera Dios en su gracia concedernos el mantener y hacer crecer en nosotros tal espíritu. Amén.

F. L.